

Septiembre 2017

**Palabras clave:** Las Kellys, Sindillar, precariedad laboral, trabajadoras del hogar, sindicatos**Sindillar y Las Kellys: de la precariedad a la auto-organización**

Homera Rosetti

Ayuntamiento de Barcelona

**Experiencias como Sindillar y Las Kellys ponen de manifiesto la realidad invisibilizada de las trabajadoras del hogar y las camareras de hotel. Las dos asociaciones muestran la necesidad de encontrar formas reivindicativas para organizar a los sectores que sufren de una mayor exclusión social, al margen de los grandes sindicatos y partidos políticos. Tienen claras sus reivindicaciones y se han convertido en pequeños referentes de lucha laboral y feminista en el Estado español.**

**Las camareras de hotel y las trabajadoras del hogar se organizan al margen de los grandes sindicatos para alzar su voz**

Como ya es tradición, cada 1 de mayo el movimiento obrero organizado sale a la calle. Por la mañana, los sindicatos mayoritarios protagonizan la principal convocatoria, donde federaciones sectoriales, comités de empresa y grandes partidos políticos impulsan una marcha festiva y reivindicativa. Por la tarde salen a la calle colectivos anarquistas, independentistas, pequeños sindicatos y luchas de trabajadoras/es que no se sienten identificados con el sindicalismo de concertación de CCOO y UGT. Entre estos, este año se encontraban Las Kellys y Sindillar, organizaciones que reúnen a dos de los sectores más precarios y menos beneficiados por la negociación colectiva: las camareras de hotel y las trabajadoras del hogar.

Las dos asociaciones tienen muchos elementos en común. En primer lugar, se organizan con una falta total de recursos y de manera independiente a las grandes organizaciones políticas y sindicales. Se trata de experiencias donde las propias trabajadoras, todas mujeres y la mayoría inmigrantes, se auto-organizan ante la falta de espacios donde hacer efectivas sus reivindicaciones. Las principales herramientas de lucha de las que disponen son el apoyo mutuo, la solidaridad de otros colectivos y, especialmente en el caso de Las Kellys, las redes sociales.

**El primer sindicato de trabajadoras del hogar**

Sindillar se autodefine en su blog como un “colectivo de mujeres organizadas para luchar contra la precariedad laboral, económica, política, social y emocional” de las trabajadoras del hogar y los cuidados. Creado en el año 2011, se trata del primer sindicato en el Estado español que agrupa a este sector. En la asamblea fundacional participaron medio centenar de mujeres de 16 nacionalidades distintas, y la diversidad continúa siendo una constante.

Entre sus objetivos destaca visibilizar el trabajo de sus afiliadas y desarrollar tareas de formación sindical, ocupacional y emocional. Para llevarlo a cabo, cuentan con la complicidad del centro de Cultura de Dones Francesca Bonnemaison –“La Bonne”–, espacio desde donde trabajan en su

“proyecto integral de autonomía y empoderamiento”, con otras mujeres y colectivos feministas. La música, gastronomía y creatividad son los principales ingredientes de las actividades que desarrollan.

La dedicación sindical no es una tarea fácil. La normativa para trabajadoras del hogar y los cuidados tiende hacia la desprotección de las mujeres que se dedican al trabajo doméstico. Según denuncia Sindillar, un 85% de las trabajadoras no tiene contrato por escrito, no tienen derecho a la prestación por desempleo y, en consecuencia, después de 20 o 30 años trabajando, pocas tendrán acceso finalmente a una pensión de jubilación.

Además de ello, la mayoría de estas trabajadoras –mujeres migradas– se topan con graves dificultades para acceder a los papeles, ya que no dispondrán nunca de un contrato de un año y 40 horas semanales, tal y como requiere la Ley de Extranjería. La falta de documentación en regla, permisos de residencia y trabajo, sumado al desconocimiento en muchos casos del idioma y al hecho de no tener apoyo familiar han contribuido a que las mujeres inmigradas trabajadoras del hogar sean uno de los segmentos más vulnerables de la sociedad.

“Intentamos afrontar juntas la discriminación que sufrimos en el terreno laboral”, explica en una entrevista a La Directa Isabel Escobar, una de las activistas más comprometidas de Sindillar. “Tenemos que saber plantar cara, porque el trabajo doméstico se ha convertido en una forma de esclavitud”, denuncia con contundencia. Además de la explotación laboral, muchas mujeres sufren artrosis derivadas del esfuerzo por realizar su trabajo o enfermedades provocadas por la manipulación de detergentes y otros materiales tóxicos.

Se calcula que hay unas 700.000 trabajadoras del hogar en el Estado español. Por una parte, sectores de clase media se han ido añadiendo progresivamente a los de clase alta en la contratación de mano de obra para el trabajo del hogar y los cuidados. Además, un fenómeno reciente es el de los sectores con recursos económicos reducidos –en su mayoría, personas mayores que requieren ser cuidadas– que contratan a trabajadoras para que las atiendan. El hecho de que el trabajo se desarrolle en el ámbito privado dificulta que los abusos laborales salgan a la luz, e invisibiliza aún más a este colectivo. En este contexto, la Inspección de Trabajo tiene difícil su trabajo.

### **Las que limpian hoteles rompen el silencio**

Otro sector silenciado durante los últimos años ha sido el de las camareras de piso. Coloquialmente conocidas como Las Kellys –“las que limpian”–, se han organizado desde hace un año a través de un grupo de Facebook para denunciar las pésimas condiciones laborales que sufren. La externalización de las tareas de las camareras de piso ha puesto esta dedicación en manos de empresas de trabajo temporal que han acabado con los derechos conquistados durante los últimos años a raíz de las protestas. Las nuevas limpiadoras cobran unos 700 euros mensuales; tienen contratos eventuales y, en muchos casos, a tiempo parcial.

Las Kellys luchan para limitar la carga de trabajo, contra las horas extras gratuitas (denuncian que “es imposible limpiar 24 habitaciones en 6-7 horas”) y reivindican el reconocimiento de enfermedades profesionales asociadas a la realización de sobreesfuerzos continuos. Entre sus principales reivindicaciones destaca que se aplique el convenio colectivo de hostelería –que fija un sueldo de 1.200 euros–, incluso en el caso de que se trabaje mediante empresas externalizadas. Con la subcontratación de este trabajo, las trabajadoras pasan a ser meras limpiadoras en lugar de camareras de piso cubiertas por el convenio de hostelería, con la consiguiente pérdida de categoría laboral, sueldo y condiciones.

Desde marzo de 2016, momento en que inician su actividad, la asociación 'Las Kellys' ha interpuesto más de 30 denuncias ante la Inspección de Trabajo a cadenas hoteleras y empresas externas por incumplimiento del convenio y más de 15 denuncias en los juzgados. También han llevado a cabo más de una docena de movilizaciones en protesta por la vulneración de sus

derechos. Aquí en Barcelona, sus denuncias han llegado al Ayuntamiento, que se ha comprometido a no hacer difusión de aquellas ofertas laborales del sector que ofrezcan condiciones abusivas.

Se calcula que actualmente hay 100.000 camareras de piso en el Estado español y, según Las Kellys, la mitad está fuera de convenio. Su perfil es el de mujeres con cargas familiares, migrantes y con mucho miedo de denunciar las irregularidades en el puesto de trabajo. Finalmente, a través de Las Kellys, algunas de estas mujeres han perdido el miedo a dar la cara. Uno de los factores determinantes para que diesen este paso han sido los problemas de salud generalizados que sufren. Tener que hacer ochenta camas en una sola jornada, día tras día, puede comportar lesiones graves (lumbalgias, tendinitis, lesiones cervicales). También el uso de productos de limpieza, como es el caso de las trabajadoras del hogar, les puede causar enfermedades crónicas e inhabilitadoras, como la fibromialgia.

“Las trabajadoras de hotel nos hemos agrupado porque los sindicatos no han hecho bien su trabajo”, apuntaba la portavoz de Las Kellys Lanzarote, Myriam Barros, en la emisora Ona Mediterrània. “No queríamos formar parte de ningún sindicato mayoritario, porque hasta ahora lo que han hecho ha sido totalmente insuficiente. Si no fuese así, no nos habríamos unido para defender nuestros derechos”, añadía.

### **El sindicalismo mayoritario, en crisis**

El grito del 15M de “no nos representan” también se dirigía por momentos hacia los grandes sindicatos. Jóvenes sin futuro, colectivos feministas, asociaciones de inmigrantes sin papeles y sectores ultra precarios del mercado laboral que se sumaron a la gran movilización ciudadana de 2011 tampoco se sentían representados por los portavoces habituales del mundo laboral. Ello se hizo evidente al ver la composición y funcionamiento de las plazas.

El sindicalismo mayoritario, con su ausencia evidente en el 15M –y, posteriormente, en movimientos como la PAH o las mareas– ponía en evidencia su crisis de representatividad. Si no, ¿por qué se ha organizado un Sindicato de Manteros, uno de los sectores de trabajadores más excluidos, de forma totalmente independiente? ¿Por qué Las Kellys, con medios tan precarios como un twitter y un facebook, han conseguido por primera vez hacerse oír? ¿Por qué trabajadoras del hogar, migrantes o músicos se organizan al margen de las grandes centrales sindicales?

Las luchas laborales a veces parece que se reactivan por donde menos se espera. Si bien de forma precaria y espontánea, las experiencias de auto-organización se diversifican. Mientras tanto, los sindicatos mayoritarios pierden afiliación y credibilidad. Escándalos como el de los ERO en Andalucía, las cuentas millonarias del histórico dirigente asturiano José Ángel Fernández Villa, el uso de tarjetas *black* de Caja Madrid por parte de representantes de trabajadores y el dinero público destinado a mariscadas y viajes de placer publicados por la prensa han contribuido al desprestigio de las centrales.

Dos indicadores señalan esta caída. Según el barómetro del CIS, por una parte, los sindicatos se encuentran –junto a políticos, partidos y entidades financieras– entre las instituciones peor valoradas por la población. Por otra parte, las últimas cifras publicadas en prensa confirman que los sindicatos mayoritarios durante la crisis han perdido más de medio millón de afiliados en todo el Estado, lo que representa una quinta parte de sus bases.

### **El ‘preariado’ y la clase explotada de siempre**

La falta de conexión con la precariedad probablemente también ha sido un elemento clave en la mencionada crisis del sindicalismo. Los nuevos movimientos han representado un revulsivo que ha hecho reaccionar rápidamente a los colectivos que desde hacía tiempo se sentían distantes

con respecto a los sindicatos, como la juventud y las mujeres. Estos sectores sociales son precisamente los que sufren mayor temporalidad y los que más necesitan organizarse.

Para el economista británico Guy Standing se trata del 'precariado', una nueva clase social caracterizada por la inestabilidad y la inseguridad. En una entrevista al *Critic* explicaba que "el precariado es la nueva clase del capitalismo global" y señala que "en España, hoy, es un 40% de la población". Pero, ¿la realidad de las trabajadoras del hogar o las que limpian los hoteles encaja con esta descripción? ¿Forman parte ellas de una nueva clase social de carácter mundial e híper explotada?

El periodista y escritor también británico Owen Jones explica en el prólogo del libro "La Clase obrera no va al paraíso" (Akal, 2016) que, cuando Marx y Engels escribieron el Manifiesto Comunista en el año 1848, el grueso de la clase obrera británica estaba conformado por criadas y personal doméstico. No fue hasta las décadas de 1940 y 1950 cuando se vivió el auge de la clase trabajadora industrial que hoy en día se encuentra en clara minoría. Se trata, pues, de una masa asalariada que nunca ha sido homogénea. Las transformaciones que ha sufrido durante los últimos años, con un enorme crecimiento del sector servicios y una brutal precarización de las condiciones de trabajo, para Owen Jones están relacionadas con los cambios que también ha sufrido el sistema económico y social.

En este contexto es cuando aparecen Las Kellys y Sindillar. Igual que a las criadas del siglo XIX, a las trabajadoras del hogar y las que limpian hoteles no se les valora, a pesar de realizar una tarea imprescindible, porque no se las ve. Su trabajo se asocia a las tareas de curas que tradicionalmente han asumido las mujeres en casa. Ser mujer, dedicarse a un trabajo manual, mal remunerado y con una gran presencia de migrantes provoca que, cuando se habla de estos colectivos, se activen todos los prejuicios elitistas de clase, género y procedencia.

Experiencias de auto-organización como las de Sindillar y Las Kellys ponen de manifiesto realidades invisibilizadas y también la necesidad de encontrar nuevas formas reivindicativas y de defender a los sectores que sufren una mayor exclusión social y laboral. La creatividad, apoyo mutuo y el funcionamiento asambleario son los ingredientes imprescindibles para las nuevas recetas. Y las mujeres empoderadas serán las cocineras.